

De los libros que nos llegan

(Indice)

Esa endiablada cuestión social

Celui qui n'a pas eu faim, qui n'a pas eu froid, qui n'a pas souffert, ne peut parler ni du froid, ni de la souffrance. Il ne sait pas très bien ce que c'est que le feu, ce que c'est que la résignation.

(DAUDET, en uno de sus cuadernos íntimos).

ESTAMOS en el suntuoso comedor de los señores de García Creso. Los *stores* de los ventanales que dan al parque, filtran una luz suave tamizada, discreta: una luz *bien*. No esa luz cruda y democrática que es la plena luz del sol.

La estancia es amplia, y está amueblada en un estilo severo, que muy bien puede ser *Jacobean*, pero que el autor no afirma que realmente lo sea. Enemigo sistemático de la calumnia, no quiere exponerse a calumniar ni aún a los muebles.

Las vitrinas desbordan de rica cristalería. Como en todas las casas ricas, hay en aquélla una cantidad enorme de copas de todos los colores, por las cuales nadie ha bebido ni beberá jamás. Allí el *baccarat*, allí el *Saint-Louis*, allí las más distinguidas especies vítreas, al refractar algún que otro rayo de sol que consigue burlar el celo de las cortinas y de los *vitreaux*, se descomponen en verdaderas sinfonías de color. Cada copa es un arco iris; cada jarra es una ánfora maravillosa cuyas aristas son otros tantos prismas que encierran íntegra la gama cromática: un poema de luz. Las biseladas lunas de Venecia, multiplican el milagro. Ricas porcelanas: Sévres, Sajonia, Satsuma. Tapices de Aubusson, con motivos venatorios.

Las alfombras de Esmirna—supongamos que son de Esmirna,—amortiguan el ruido de los pasos, siempre desagradable. Sobre esa alfombra uno se siente ingrátido. Se sienten ingrátidas allí hasta esas señoras que cuando se pesan notan en el indicador de la báscula una irritante propensión a aproximarse al lugar donde dice: «100 K.»

Adornan las paredes varios cuadros muy negros y feos; pero que, cuando los han colgado allí, puede asegurarse que es porque valen un dineral.

Es la hora del té. Los señores de García Creso—dirá un cronista al otro día—, han reunido en torno a su mesa a un selecto núcleo de sus relaciones. Hay varias niñas distinguidas, pertenecientes a ese núcleo; hay varios jóvenes adorables, que también forman parte del núcleo; hay varias señoras

de lo más selecto, pero que, por lo fofas y deformadas, más que al núcleo pertenecen ya al protoplasma.

Ahora escondámonos tras este suntuoso cortinón de «velour» y escuchemos lo que se habla en el comedor. Sí, ciertamente, es una falta de educación; convenido. Es una falta de educación muy interesante y muy instructiva.

Hablaba el doctor Pedancio Pérez, abogado famoso en la calle Florida por sus corbatas y en los tribunales por su mala ortografía. Se expresaba con tal aire de suficiencia, que todo intento de controversia parecía vano.

—La aristocracia es necesaria en las sociedades. La prueba está en que siempre hubo aristocracia. Por otra parte, esta opinión es la de todos los grandes filósofos. Platón, en *La República*, ya habló de esto, y yo no voy a enmendarle la plana a Platón; no faltaría más.

Horacio, un joven estudiante de derecho, interrumpió al doctor Pedancio.

—Habrá sido Platón el que no quiso estar en desacuerdo con usted. Quién sabe si no lo ha presentado...

—Interpreto eso como un chistecito de mala ley, pero no me desarman a mí las bromas,—replicó el doctor Pedancio.—Sostengo que la aristocracia es necesaria en las sociedades. Debe haber ricos, debe haber desocupados, debe haber ociosos. Los ricos llenan en la sociedad una gran misión: la de conservar las buenas formas. La educación, la cultura, las artes, la elegancia, sólo los privilegiados de la fortuna pueden fomentarlas y sostenerlas. Y yo pregunto, ¿qué sería la sociedad sin esas cosas? ¿Valdría acaso la pena vivir en un mundo que careciese de tales atractivos, que algunos consideran frívolos? El ocio es indispensable para la creación artística, lo que exige

que la largueza de alguien permita al artista vivir sin apremios pecuniarios. Las más grandes obras artísticas del pasado, las han ejecutado hombres ociosos, o bien hombres a quienes los ricos pagaban para que pudiesen disfrutar de los beneficios del ocio fecundo y creador. Ya los griegos rendían culto a lo que llamaban el ocio artístico. En este sentido, Epicuro es un precursor. De modo que hasta por espíritu artístico habría que sostener a todo trance el orden de cosas establecido.

Una señora interrumpió al doctor Pedancio; para decir, apoyándole:

—Si no hubiese ricos, ¿quién daría limosnas? ¿Quién haría obras de caridad?

Horacio, feroz, replicó:

—Si no hubiese ricos, no haría falta dar limosnas. Si todos tuviesen lo necesario, no haría falta la caridad. La caridad desaparecerá cuando reine la igualdad.

El licenciado hizo hincapié en esta frase. Afirmó, rotundamente:

—El antiguo ideal de la igualdad humana es una utopía. Será una utopía más o menos bella,—no discuto eso,—pero no pasa de ser una utopía. Usted, Horacio, no va a sostener que yo soy igual a su jardinero...

Y Horacio, el demagogo de la familia, con un dejo de ironía que el doctor Pedancio no alcanzó a percibir, rechazó la hipótesis:

—¡No, doctor, Dios me libre! Usted es un intelectual, y el jardinero no es más que un trabajador.

Satisfecho por lo que creía un elogio, el doctor Pedancio prosiguió, exaltándose:

—Usted no va a sostener que el hombre que maneja el volante, es igual a usted, que va dentro del automóvil; usted no va a sostener que el niño de la calle, hijo de padres ignorados, que le lustra los botines, es igual que su hermano Raúl; usted no va a decirme que la mujer que lava los platos en la cocina, es igual con respecto a su hermana Martita; y que disculpe Martita.

Martita, allí presente, se apresuró a disculpar al doctor Pedancio.

Entonces Horacio, el implacable, hablando con frialdad, como si dijese una cosa inocente, soltó esta bomba:

—Yo no creo nada de eso, no faltaba más. El que lo creía, era Cristo. Y, bien mirado, puesto que nuestra civilización es cristiana, debíamos aceptar

SOLICÍTENOS estas obras: ANFORA SEDIENTA, poemas de Rafael Heliodoro Valle, Precio: ₡ 4.50.—MI ESPAÑA (páginas diversas), de Pedro Henríquez Ureña, Precio: ₡ 4.50.—EL JARDINERO DE AMOR, del Tagore. Nueva edición (en las del «Convivio»), con un Prólogo, para esta nueva traducción, de V. García Calderón, Precio: ₡ 1.50.